

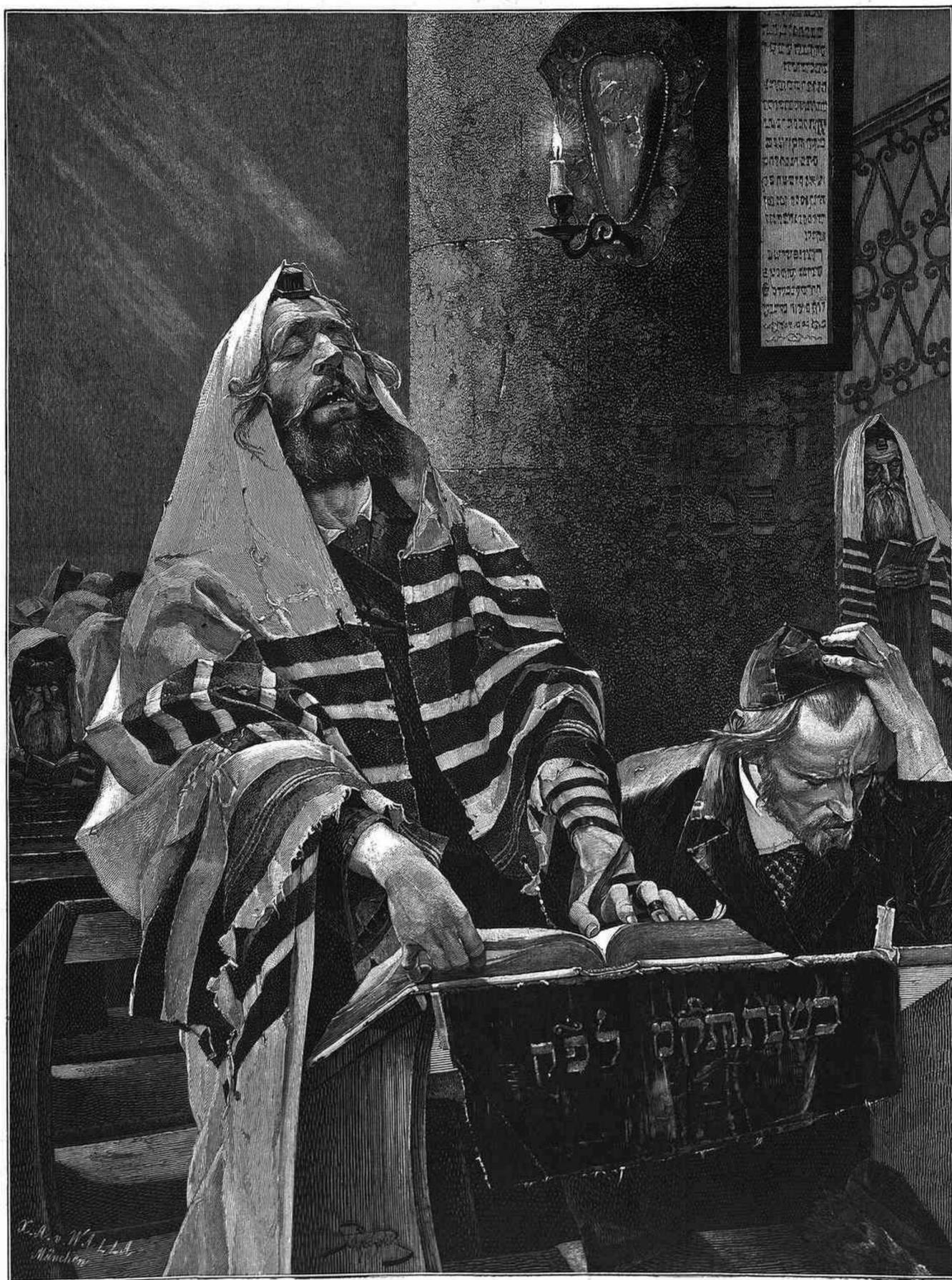
ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

←BARCELONA 15 DE MARZO DE 1886→

NUM. 220

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡ALABADO SEA EL SEÑOR!... cuadro de Grocholski

SUMARIO

TEXTO.—Nuestros grabados.—Desde Roma, por don A. Fernández Merino.—Nido escarabajo... familia disuelta (continuación), por don J. Ortega Munilla.—El rigor de las desdichas, por don Angel R. Chaves.—Paisaje, por don F. Giner de los Rios.—Viaje á Filipinas (continuación), por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—¡Alabado sea el Señor!... cuadro de Grocholski.—La Merienda, cuadro de J. Geoffroy.—Persiguiendo á un canalla, cuadro de José Wopfner.—Bosquejos y dibujos de Gustavo Doré.—Cuadrillero.—Rada de Job.

NUESTROS GRABADOS

¡ALABADO SEA EL SEÑOR!... cuadro de Grocholski

En el interior de una sinagoga, el rabino entona el himno de la alabanza, que repiten en voz baja los judíos que pueblan el templo. El interés de este cuadro está concentrado casi absolutamente en su figura principal: el resto de la tela tiene escasa ó nula importancia. La sinagoga es pobre, nada en ella habla al sentimiento religioso; lo mismo puede ser templo que escuela de primeras letras de un mal pueblo. Esto, empero, aumenta quizás el relieve de la figura del rabino, que es verdaderamente una obra de grande ejecución. A la vista de ese hombre, que conserva en toda su pureza el tipo de los hijos de Israel, se echa de ver el fervor religioso de que se halla poseído: cualquiera puede confundirle con uno de esos profetas que en sus éxtasis parecían descubrir las interioridades del cielo y entonar sus cánticos cabe el mismo trono del Señor. Su arrobamiento es completo; la materia se halla completamente subyugada por el espíritu; su alma, su pensamiento se encuentra lejos, muy lejos del mundo; cualquiera le diría ciego y pudiera decirse con propiedad, porque sus ojos rechazan la vista de los objetos que le rodean y buscan á Jehová entre las tinieblas de que voluntariamente se rodean. El rabino de Grocholski es la personificación del misticismo judaico.

LA MERIENDA, cuadro de J. Geoffroy

El autor de este lienzo se ha dedicado especialmente á pintar escenas de niños. Esto le ha proporcionado la clientela de muchas madres y la admiración de todas. Como Detaille estudia las costumbres militares, ó mejor como Giacomelli estudia las de los pájaros, Geoffroy estudia las de esas preciosas criaturas que su pincel reproduce, bellas, frescas, lozanas, ingenuas aun en la manifestación de las pasiones á que obedecen de momento. El pintor, que es muy joven aún, conserva perfectamente en la memoria sus recuerdos infantiles y se complace en dar forma á la sociedad en que formaba no há muchos años.

Aparte la fuente de su inspiración, que no puede ser más simpática, hay que reconocer en él una factura delicada, expresiva y que revela dominio del arte. Los niños de ese cuadro no son hombres pequeños, reducciones de figuras mayores que nada tienen de la forma y del espíritu de aquellos; al contrario, son bebés deliciosos, bien comprendidos, bien sentidos, admirables de expresión y dignos de ser comidos á besos. Geoffroy goza de verdadera reputación como artista; y muy merecidamente.

Tocante á la escena que el cuadro representa no hay para qué describirla: el semblante de sus personajes recorre toda la escala de los sentimientos promovidos por la gula infantil; y pues en otro alguno como en los niños la cara es el espejo del alma, en la de esas criaturas son de distinguir los diablillos y los ángeles de la escuela.

PERSIGUIENDO Á UN CANALLA, cuadro de José Wopfner

El autor de este cuadro se ha forjado primero una leyenda, y sobre ella ha pintado una escena verdaderamente dramática. Ignoramos hasta qué punto la leyenda tiene fundamento histórico; pero puede tenerlo, puesto que es la generalizada tradición del hombre malo. Empieza por las travesuras malévolas del muchacho, siguen las faltas graves del adolescente, vienen en pos los primeros delitos del joven y coronan la historia los crímenes del hombre maduro, incluso el asesinato.

En este estado, la justicia, de acuerdo con alguna de las víctimas, sale en persecución del delincuente, que ha huído en una frágil embarcación; y este es el momento escogido por el artista para representarlo en el lienzo.

El cielo es tempestuoso; el viento encrespa las aguas, la lluvia se desata á torrentes... Pero nada arredra á los perseguidores, porque van animados por sus agravios.

Añade la leyenda que al fugitivo se le rompe un remo, y esto le pone en manos de la justicia, que da cuenta de él por todo lo alto.

Aparte la perfecta concordancia que existe entre el asunto del cuadro y su ejecución, es indudable que la obra de Wopfner impresiona profundamente y que en ella ha dado una prueba de vigoroso dibujo al par que de profundo estudio de la naturaleza.

BOSQUEJOS Y DIBUJOS de Gustavo Doré

Entre los diversos dibujos que se conservan como recuerdo del eminente artista Gustavo Doré, hay uno muy característico, «La Abuela», que llamó la atención por la naturalidad y gracia con que está representado el personaje. Cuando el célebre dibujante fué á Londres, bosquejó también varios tipos, con esa maestría que le caracterizaba, y en los cuales revelábase la prodigiosa rapidez de ejecución, y su habilidad para representar en cuatro pinceladas las figuras que se proponía caracterizar. Ejemplo de ello son «La Madre», bosquejada en el Puente de Londres, y que representa dos escuálidos niños en dos grupos diferentes, y la figura de un pobre anciano con su hijo. Del viaje á Italia de Gustavo se conservan también algunos bosquejos de paisajes, como el que representa la «Vía Mala». Todos estos dibujos son los que se reproducen en nuestro grabado.

DESDE ROMA

Es bien triste, pero muy cierto, que los más y mejores de nuestros artistas son poco conocidos en la madre patria: tal vez así ocurre porque antes de llegar al apogeo de su fama, la triste realidad les enseñó que una de las grandes verdades del Evangelio es, la de que nadie es profeta en su tierra.

Casi todos ellos hicieron y hacen aquí su carrera y por cierto que en ninguna parte mejor. Roma ha sido y es

madre del arte y aun más que esto; hoy es uno de los grandes mercados para el arte: de todas las naciones acuden aquí ricos personajes, que tienen también algo más que dinero: visitan estudios y galerías, compran á mejor precio que en cualquier otra parte, y como desgraciadamente de todos ellos ninguno es español, hé aquí por qué las obras de nuestros artistas que tanto valen, van al extranjero y España carece de ellas. Preguntad á Serra, los Benlliures, Pradilla, Villegas y todos os dirán que no exageramos.

A dar á conocer estas obras, á recordar estos buenos compatriotas que tan alto ponen el nombre de España, tienden nuestras Revistas en las que procuraremos no omitir nada, cuidando mucho también de, al propio tiempo, no decir nada de más.

Los españoles que se dedican aquí al cultivo de las bellas artes, uno son libres é independientes, otros se hallan sujetos á reglamentos; unos viven cómo y donde quieren, otros están acuartelados; para unos la animación del Corso y del Babuino, para otros las soledades de San Pietro Montorio, del histórico Janículo, donde se alza la Academia de España; donde han de vivir los pensionados, no gratis por supuesto, sino satisfaciendo todos sus gastos con la mísera pensión que el gobierno les da para remunerar el talento que manifestaron en las oposiciones y como paga, por adelantado, de las obras que han de constituir los envíos. Menos mal si luego estas obras fueran convenientemente apreciadas, pero no puede menos que dominarnos honda tristeza al recordar la desdichada suerte que les aguarda: los cuadros servirán para adornar los pasillos del Ministerio de Fomento ó para decorar alguna oficina, donde los ennegrecerá el humo del tabaco que se quema en gracias de la holganza. Las estatuas, mal colocadas en bajos, húmedos y oscuros corredores, se caerán á pedazos sin que nadie se aperciba de ello ó servirán de solaz y divertimento á muchachos mal criados, que pondrán sucia punta de cigarro en los labios que modeló el artista, tal vez pensando en frases que articularon y que excitaron su entusiasmo.

Estos pensamientos nos atormentaban no há muchas tardes, visitando los estudios de los pensionados: quisiéramos hablar de todos, pero los de pintura, Checa y Maura, están ausentes, creo que en Padua, para hacer la copia á que el reglamento los obliga: desde luego afirmamos que serán notables, pues es bien conocido el talento de ambos; á estas horas estudiarán á Giotto y á Mantegna, maestros que tanto y tanto representan en la historia del verdadero arte. Sala, hace estudios que son verdaderos cuadros: pensionado de mérito, con respecto á él debían invertirse los términos y decir que es mérito pensionado: pintará cuadro notabilísimo, lo auguramos, pues entendemos que vino á esto; como artista en Roma no aprenderá nada; tal vez sólo el tiempo le enseñe alguna cosa más. Del maestro Serrano, pensionado de mérito también, no podemos ocuparnos: el autor del *Mitridates*, tan aplaudido en el teatro Real, escribe ahora una nueva ópera, que en su día juzgarán los inteligentes, sin duda para aumentar los laureles del joven compositor.

Quedan pues allí, en aquel caserón que tiene por igual de cuartel y de convento, los pensionados de escultura, notables ambos; artistas de gran porvenir y cuyas obras revelan ya sin que pueda dudarse el genio de que felizmente se encuentran animados. Jóvenes los dos es de menos años aún Querol, aventajado discípulo de Vallmitjana, para quien corre ahora el segundo año de pensión. Los escultores que vienen á la Academia, tienen obligación de enviar el primer año una figura, el segundo un bajo relieve y el tercero un grupo. Querol tiene terminado el envío del primer año, admirable estatua que representa al *Vencido de hoy*. Bellísima representación del desnudo, revela grandes estudios y extensos conocimientos en el difícil arte de Praxiteles y Fidias: con la espada rota y ceñida la cabeza con la venda que oculta sus heridas, aquel guerrero está en la calmada actitud del que cumplió con su deber; sus ideales, simbolizados en la victoria que lleva en brazos, pueden contar aún con todo el valor que respira aquel rostro varonil medio vuelto, como si mirase desdeñosamente á quien se fuga en su retirada. Querol ha hecho más que debía: el reglamento le pide un estudio; él ha hecho una estatua que acredita su mucho valer, obra que no es una promesa de estudiante, sino una realidad de artista.

Hállase ahora preparando el envío del segundo año, del que muy poco puede decirse aún: se ha inspirado con fortuna en uno de los acontecimientos más dramáticos de la antigua historia romana. Tulia, la hija del sexto rey de Roma, henchida de soberbia, ciega de orgullo, al saber que su marido es rey de la ciudad que se hará eterna, porque ya asesiné á su padre, corre presurosa á saludarlo: el cadáver de Servio Tulio yace insepulto aún al pie del Esquilino y aquella hija desnaturalizada no se para en nada, ni ante los restos de su padre, que quedan hollados por las ruedas de su biga, en la que prosigue á pesar de los gritos de espanto que lanzan los de su séquito. Este joven artista de conciencia, ha realizado grandes estudios para llevar su obra á feliz término y más de una vez se le ha podido ver en la vía que por tal acontecimiento aun se llama *Scelerata*, para estudiar el terreno, ó en el museo capitolino donde se conservan en perfecto estado carros como el que debía llevar la que de una manera tan infausta inauguró el reinado de su marido Tarquino el Soberbio. Lo que lleva hecho es notable; la colocación de las figuras acertada, y no hay por qué dudar que como suya será una creación sobresaliente.

Barrón, el otro pensionado de escultura, no desmerece

en nada: trabaja activamente en su segundo envío y hace una obra notable desde todos puntos de vista: *Santa Eulalia ante el pretor romano*, es el asunto escogido para hacer el gran bajo relieve que pronto quedará terminado. La joven entusiasta que voluntariamente se ofreció al martirio, confiesa su doctrina, y á su rostro ha sabido llevar el artista una expresión de ardimiento al par que de dulzura que atrae desde luego las miradas; el magistrado, por su actitud y por su expresión, más parece atento á las gracias de la joven, que al delito que comete, pero junto á él se hallan sacerdotes horrorizados y consejeros fanáticos cuyas actitudes son diversas, como son diversas sus facciones, y para que no falte nada, en una obra tan perfectamente estudiada, que su mismo gran movimiento lleva á la melancolía, casi detrás de la santa ha colocado el escultor un joven que parece estar diciendo: «á mí lo mismo me da.» Sinceramente felicitamos al artista que de un asunto tan sencillo, ha sabido sacar tan grandísimo partido.

Entre los artistas libres, esto es, entre los que no están bajo la benévola vigilancia de D. Vicente Palmaroli, hay gran movimiento no sólo moral, sino que también material. Los tres hermanos Benlliure que viven en esta y Silvela salieron para España, no á pasearse como pudiera creerse, sino á seguir trabajando. De los Benlliure, el mayor fué á entregar al Marqués de Campos un cuadro que el rico valenciano le tenía encargado. Representa la distribución de premios en una de las escuelas fundadas por el opulento contratista de los vapores á Filipinas. En esta obra campean todas las buenas condiciones que como pintor atesora Pepe Benlliure; corrección en el dibujo, brillantez de colorido, naturalidad y gracia en el movimiento, en fin todo lo que contribuye á formar un notabilísimo cuadro. El artista ha luchado en él con la no pequeña contrariedad de que todas las figuras son retratos: sobre plataforma casi cubierta de preciosas flores, se ve el tribunal formado por el Cardenal-arzobispo, que ocupa el centro, y los Marqueses de Campos que están respectivamente á su derecha é izquierda: frente á ellos y sobre un taburete, sin duda para que puedan verlo, está un pequeño cuadro, sostenido por una bondadosa hermana de la Caridad, recita alguna composición poética hecha *ad hoc* ó repite aprendida lección que á todos gusta, á juzgar por la expresión de satisfechos que revelan. En el segundo término de esta obra, se ven algunos mudos espectadores de la interesante escena que no pueden menos que fijar nuestras miradas: el artista ha querido que todo esté en perfecta relación y obligado á hacer retratos en los actores de la escena que se representa, ha hecho también retratos en el público que la presencia y entre ellos se reconocen á Pradilla, Villodas y algunos más de nuestros notables compatriotas.

Juan Antonio Benlliure, simpático como todos los de la familia, artista que comienza y al que se le ve progresar por días, marchó también á tomar apuntes para el cuadro que prepara y que aun sin haberlo empezado auguramos que será una nota de color altamente simpática como todas las suyas, en la que campará alguna ó algunas de esas figuras femeniles que tan maestramente toca. De esta familia de artistas, el menor es Mariano, escultor de grandísimo talento cuyas producciones alcanzan ya precios exorbitantes. Por encargo tenía empezada una estatua, representación de la Música en forma originalísima y de la que hablaremos en su día, y un jarrón de capricho, que será una maravilla. Suspendió sus trabajos y fué á España á estrechar vínculos que formó el corazón: á esta hora Mariano Benlliure se ha casado. Dios quiera que la compañera que Dios le ha formado, sea cuando menos tan perfecta como las obras que salen de sus hábiles manos.

Silvela, y no hay error, pertenece á la conocida familia de los Silvelas: hacemos esta aclaración, pues no faltaría quien sin ella lo pusiera en duda. Es una familia de magistrados, ministros, profesores, militares, diplomáticos, que después de todo son profesiones de tonos sombríos: reunidos casi casi resultaban lúgubres y hacia falta pues una nota de color brillante, que diera luz al cuadro, que formara contraste al menos. Hay familias privilegiadas y esta es una de ellas: ya tiene lo que le hacía falta, un notable pintor, pues sin que pase mucho tiempo, llegará á serlo Mateo Silvela, hijo del serio D. Manuel, varias veces ministro, algunas diplomático y siempre abogado, á quien se hubiera podido predecir mejor un hijo pontífice, que pintor. Discípulo de Casto Plasencia que podría ser llamado el Vigoroso, si fuera costumbre dar á los pintores sobrenombres como á los reyes, Mateo Silvela vino á Roma á seguir sus estudios y debidas á su pincel mostró cabezas que hacen esperar mucho bueno: teniendo presente siempre el natural, trabaja con fe y afán, venciendo dificultades y revelando una notable vista para el color. Juzgóse con fuerzas para hacer algo más que estudios y en verdad que no se le puede acusar de presuntuoso, pues el cuadro que ha terminado acredita sus rápidos progresos. Lo que sin duda favorece más á los artistas que aquí vienen, es la facilidad de adquirir conocimientos y la proporción de estudiar los grandes maestros de todos los tiempos y todas las escuelas: Italia será siempre inagotable mina de riqueza artística, pues apenas si hay poblacho que carezca de joyas de este género: aquí un viaje de recreo, lo mismo por una parte, que por otra, es siempre provechoso, y Mateo Silvela ha sacado opimos frutos de su viaje á Assisi. La patria del Santo á quien llamó Dante *Serafico in ardore*, aquella ciudad que tantos recuerdos despierta, atesora en su catedral estimadísimas obras de Cimabúe y Giotto, de Cavallini y Capanna y allí en aquella cripta reposa el santo caritativo, á quien

con razón creía la gente un emisario de Dios. El artista ha sacado de todo provechosas enseñanzas y en un lienzo de más de tres metros, ha pintado con verdad y acierto una escena tiernísima; *San Francisco dando limosna á los pobres*. Vana y ridícula exageración sería decir que el cuadro está exento de defectos; en primer término es una obra humana, en segundo es el primer cuadro de este inteligente joven, que será en el arte tal vez más que sus parientes en la ciencia, pues si sólo á uno de ellos nos atenemos, como pintor el sobrino vale más á sus pocos años, que el tío como ministro, á pesar de sus excelencias tan decantadas.

El lugar de la escena en este cuadro es uno de aquellos macizos claustros que tanto recuerdan la Edad media: en el fondo hay un bello estudio de perspectiva que facilita luz al segundo término: sin la bien estudiada colocación de aquella puerta, tras la cual se adivina el anchuroso patio, el cuadro hubiera tenido que resultar en exagerada penumbra ó faltar á la verdad. A la izquierda, el santo, en la seráfica actitud que le prestan los antiguos maestros y en forma tal que sin querer se recuerda la estatua de Cano, socorre á varios desvalidos que forman interesante grupo: entre ellos hay dos figuras de primer orden por lo acabado del estudio; la del mendigo que se halla arrodillado á los pies de San Francisco y la del viejo infirme que acude presuroso en busca de paños para cubrir su desnudez. Correcto de dibujo y armonioso en la composición hay que esperar más aún de un joven que no pasa todavía de principiante.

No hace muchos días se abrió aquí una exposición de pinturas, á la que han concurrido algunos artistas españoles: de ellos y de los demás compatriotas, hablaremos en nuestras sucesivas crónicas.

A. FERNÁNDEZ MERINO

NIDO ESCARBADO.... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

— ¡Cuidado! no hay que jugar con esas cosas, porque nada hay en el mundo tan precioso como la vida.

— ¿Ha sido V. siempre feliz? — preguntó Armengol al hombre que, sentado á los pies de la cama, hacía todo lo posible por consolarle.

— ¡Jinajo! de todo ha habido en mi viña; pero que quiere V., con este carácter que Dios me ha dado, que me hago á todo, siempre he tomado las cosas por la cara mejor con que se me han aparecido.

El que esto decía era un pobre señor, como de unos sesenta años, con el pelo entrecano y aun abundante; de rostro jovial y honachón; de ojos un tanto vivos, pero poco penetrantes en su mirada; delgado de cuerpo, bajo de estatura, ligero en el andar, grave y sentencioso en sus palabras, pero de muy escaso magín y de cortísimos alcances.

Vestía con modestia, pero con aseo. Su traje se componía de un gaban ajustado al cuerpo, un chaleco y un pantalón, todos de una misma tela y de color oscuro con ciertos vislumbres azules y morados.

No bebía, ni jugaba, ni se le conocía vicio alguno si no era el de fumar, y esto con moderación y de lo más barato.

Empleado en Hacienda con cuatro mil reales, allá cuando contaba sólo veinte años, había seguido cobrando el mismo sueldo hasta la edad en que le hemos conocido.

El, á pesar de tan corto progreso en sus honorarios, había permanecido contento y satisfecho durante todo este tiempo, y cuando alguno le hacía alguna observación sobre el poco haber que cobraba, respondía con la mayor mansedumbre:

— ¿Y yo para qué quiero más? Con esta cantidad que á algunos parece tan pequeña, tengo yo lo suficiente para vivir, eso sí, con modestia, y aun siempre me sobra con qué echar, al cabo del año, alguna cana al aire.

Pocas, en verdad, echaría el menguado, si no eran las suyas, con tan mezquino patrimonio.

— ¿Y doña Antonia? — preguntó Armengol después de una breve pausa.

El empleado, por toda contestación, comenzó á dar voces saliendo al corredor.

— ¡Antonía! ¡Antonía! que D. Angel pregunta por tí.

— Ya, ya voy, — contestó ésta desde su habitación.

En efecto, á los pocos momentos salió la vecina, toda apresurada y confusa, y se dirigió al cuarto del enfermo. Llevaba en la mano izquierda un plato y sobre él una taza bastante honda, llena de caldo, que para que se enfriara un poco iba agitándolo por el camino con una cuchara que llevaba en la mano.

— Don Angel, V. me dispensará si no he venido antes á traerle lo que yo, sin saber jota de medicina, creo que no le sentará del todo mal, — dijo la buena mujer mientras entraba en la habitación de nuestro joven.

— Señora, — replicó éste lleno de dulzura, — no llamaba yo á V. por eso, sino por saber de quién tan bien se porta conmigo; del ángel cariñoso que en medio de mi tristeza y abatimiento me consuela de la manera que usted, doña Antonia, sabe consolarme.

— Vamos, Antonia, no te aturdas con los piropos y requiebros de D. Angel, — dijo el viejo con el tono jovial

que le era característico. — ¿Ves? ya has derramado el caldo, ¡torpe! Ea, date prisa; dáselo pronto á nuestro vecino y que le sirva de salud y provecho. Yo ya me marchó á la oficina. D. Angel, con permiso de V. voy á ver qué hora es en su reloj; porque el mío ya hace días que el maldito no quiere andar. ¡Pues si son ya las diez! Señores, hasta la vista. Que V. se quede con Dios.

Diciendo esto, sin dar tiempo á que ninguno de los dos que con él estaba le contestase, puesto el sombrero y con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos del gabán, tomó las escaleras abajo y se encaminó hacia la oficina, temeroso de que por llegar unos minutos más tarde de lo establecido, le fuesen á quitar su empleo, que sería lo que él hubiera sentido más en el mundo.

Quedáronse, pues, solos Armengol y Antonia. Aquél tomando el caldo; ésta de pie junto á la cama.

— ¡Cuán buena es V.! — dijo Angel.

— ¿Por qué soy buena? — repuso la vecina.

— No es menester discurrir mucho para saber que lo es usted.

— ¡Ba! esto no merece la pena; lo que importa es que usted se ponga bueno, y salga pronto á la calle, y frecuente las tertulias y los salones de los grandes señores, y vea tantas señoras guapas como hay en el mundo, y que encuentre una que, en ocasiones como esta, le dé todos los consuelos á que es V. acreedor.

— Antonia, nunca he creído en tales consuelos.

— ¿Cómo que no?

— Dispéñese V., no lo digo por V., á quien verdaderamente estoy reconocido; dígolo por esa mujer de quien poco há me hablaba usted.

— Según eso no cree V. en el amor.

— Bajo ningún aspecto.

Antonia se mordió los labios al oír esta última declaración del joven, y miró hacia la puerta para ocultar el gesto de enojo que adoptó su semblante.

Tal revelación había sido para ella como una luz aparecida de pronto en el momento de espiar, á favor de las tinieblas, el misterio, un subterráneo donde se ocultaba un tesoro, custodiado por vigilantes guardias.

El amor de Armengol había sido el sueño que había acariciado con más gusto Antonia, el tesoro ambicionado con mayor ansia por ella, desde la primera vez que le vio.

Todos sus pensamientos fueron desde entonces para él. Todos sus deseos se cifraban en verle, hablarle, tomar con él conocimiento, merecer su confianza, su intimidad, poderle mostrar, á despecho de todas las cosas é inconvenientes que se pusieran como obstáculos, el amor que le tenía, la pasión que la dominaba y que la hacía padecer horriblemente.

Antonia era una de esas naturalezas nacidas sólo para amar, y á quienes, por lo mismo, una fatal circunstancia deja y priva de ese elemento esencial y necesario á su existencia.

Es como si á un ave, creada para volar por el espacio, se la sumergiera en el fondo de las aguas; lucharía, se revolvería en todos sentidos, abriría las alas, éstas se le troncharían bajo el peso enorme de las ondas, y terminaría irremisiblemente por ahogarse, si una mano invisible no la sacase de aquel sitio donde sólo le aguardaba la muerte.

A Antonia, educada en medio del más religioso, pero también del más absurdo recogimiento, se la había acostumbrado desde muy niña á renunciar á su voluntad y á su franca y sincera manifestación en las palabras y en las obras.

Los impulsos, aun los más puros de su corazón, se habían estrellado siempre contra una roca que, al salir de la férula paterna, arrebatarían como torrente desbordado, para el que nada puede detener al borde del abismo.

Ya había llegado para Antonia el momento de romper todos los frenos que la sujetaban, los grillos que la tenían en prisión, la cárcel en que, sin culpa alguna, vivía triste, sin luz y sin esperanza de libertad su alma atormentada.

Si Armengol no hubiera pasado ante sus ojos, Antonia hubiera permanecido algún tiempo aletargada, pero al fin el sol la hubiera despertado y vivificado con sus rayos.

A los treinta años una mujer como Antonia, que ha pasado su vida sin amores, cuando éstos llegan á desflorar su corazón de virgen, no son ya un sentimiento más ó menos puro que se apodera de la niña, un sueño ideal y risueño de la fantasía que nos eleva á regiones imaginarias, conviértense en una cosa más real, más grosera, más apremiante, se truecan de sentimiento purísimo en rastro necesaria.

Que nadie, pues, eche sobre Antonia más culpas que las que por la naturaleza y la educación buenamente le caben á todo mortal que anda por la tierra.

Antonia, pues, quedó profundamente consternada al escuchar de labios del que amaba con locura, una profanación: tal la creyó ella del amor dios á quien rendía entonces toda su alma.

Armengol, por su parte, al manifestar su irreligión en esta clase de culto, había dicho lo que sentía.

El amor había sido para él como un entretenimiento; cuando más un motivo de orgullo. Ser amado por una mujer hermosa y distinguida, codiciada de muchos, objeto de la universal admiración, llamarse su amante en presencia del gran mundo, acompañarla en paseo, caracolando con el caballo junto á su carruaje, oír de los amigos plácemes y felicitaciones, hé aquí todo lo que hasta entonces había comprendido por esta pasión.

Armengol, luego que hubo tomado el caldo, le dió la taza á su enfermera con muestras de agradecimiento.

Esta vez Antonia no dijo nada en excusa del poco mérito de sus ofertas y servicios.

Por un corto rato permaneció indecisa, de pie en un mismo sitio, sin acertar á dar un paso.

Armengol la miró atentamente, y de pronto exclamó: — ¡Antonía! ¿por qué llora usted?

Antonía no supo qué contestar á esta pregunta.

Echó á andar pausadamente hacia la puerta.

— ¡Don Angel! — murmuró entre sollozos al llegar á ella.

Solo Dios sabe lo que pasa en este momento por mi corazón. He sido una loca. He olvidado que pertenezco á un hombre y que no puedo ser... de... nadie más que de él. ¡Adiós para siempre!

Y desapareció.

IX

LA MUJER DE FUEGO

Luego que quedó solo nuestro héroe, se puso á discurrir acerca de la escena que había ocurrido en aquel sitio pocos momentos antes.

De reflexión en reflexión sobre lo que son las mujeres en general y lo que sería particularmente Antonia, llegó á adquirir cierto interés hacia ésta, muy distinto de los que hasta entonces había cobrado su alma por mujer alguna.

Presumió el extraño sentimiento que había despertado en aquel corazón dormido y sereno, al parecer, como un lago rodeado de montañas, á donde no penetra el aire y en cuya superficie sólo se refleja el azul purísimo del cielo.

Halagóle en cierto modo esta consideración. Ser amado por una mujer como Antonia, cuyo corazón, no había que dudarlo por las señales exteriores con que se había patentizado, era uno de los más puros, generosos y apasionados que podían hallarse, era cosa para envanecer á cualquier hombre.

Armengol concibió, pues, por Antonia cierto afecto, el cual, aunque él no se daba clara cuenta de la clase que fuese, no estaba muy lejos de parecerse al amor.

El resto del día transcurrió sin que acaeciese nada de particular.

Al anochecer sintió pasos en la puerta de su cuarto.

Era la portera, que, por encargo de Antonia, iba á suministrarle cuanto le fuese necesario.

Armengol comprendió entonces con toda claridad la pasión que le profesaba aquella mujer, pasión doblemente grande por el crimen que suponía al llegar á tener efecto.

Armengol, ya más aliviado de la calentura, durmió bien aquella noche.

Cuando despertó á la otra mañana, halló sobre la silla que le servía de dama de noche, un papel doblado.

Este papel estaba escrito: era una carta.

Antonía la autora de ella.

La carta decía lo siguiente:

«Señor D. Angel: Perdonad ante todo á una mujer que va á confesar su falta. Sin duda que mi conducta seguida hasta ahora para con V. es reprochable, pero más hubiera llegado á serlo si ya yo no hubiera hecho el propósito de cortar, en raíz todavía, esta inclinación que, andando el tiempo, podría ser causa de algunas desgracias.

¿Por qué se lo he de negar á V.? Le amo, sí, le amo con toda mi alma. Aunque unida á otro hombre que no es V., por vínculos sagrados, yo siempre había soñado con otro amor. Le ví una vez, y le adoré con frenesí.

Usted ignora las locuras, las quimeras, los medios que he puesto en juego para llegar hasta su intimidad; porque si bien es cierto que ya desde su principio nos conocíamos, y nos saludábamos, y sabíamos nuestros respectivos nombres, yo anhelaba más que todo esto; mi corazón ardía constantemente en una llama que, sólo aproximándose, uniéndose, confundiendo con otra, podía producirse la luz que alegra y calma, y no el fuego que abrasa y que consume.

Acaso extrañará V. este lenguaje en boca de una mujer. Pero no soy yo la que hablo; es mi pasión. Además, ya no soy una niña para ocultar hipócritamente los sentimientos más profundos de mi alma.

¡Ay! D. Angel, soy muy desgraciada. Ruégole me compadezca en mi desdicha.

Otra cosa le suplico también: ¡por favor! no haga usted nada por verme; es más, se lo prohibo.

¡Adiós, Angel! recobre pronto su salud y sea feliz.

«No olvidará á V. nunca, — Antonia.»

Armengol, con la lectura de esta carta, sintió nacer dentro de su alma algo que ahogaba su vanidad de hombre.

Dos días transcurrieron sin que Armengol saliese de la perplejidad en que le había sumido el escrito singular de Antonia.

Por fin, al tercer día, se decidió á escribirla rogándole viniese á verle por su cuarto, donde hablando se entenderían mejor.

Cogió la pluma y trazó sobre el papel algunas palabras que borró y sustituyó con otras. Pareciéndole éstas tan poco acertadas como las primeras, rompió el papel y pensó que mejor sería ir á visitarla él mismo.

Procuró levantarse de la cama á pesar de sus debilitadas fuerzas. Hízolo en efecto; vistióse, y yendo apoyado con la mano en las paredes, llegó á la habitación de su vecina.

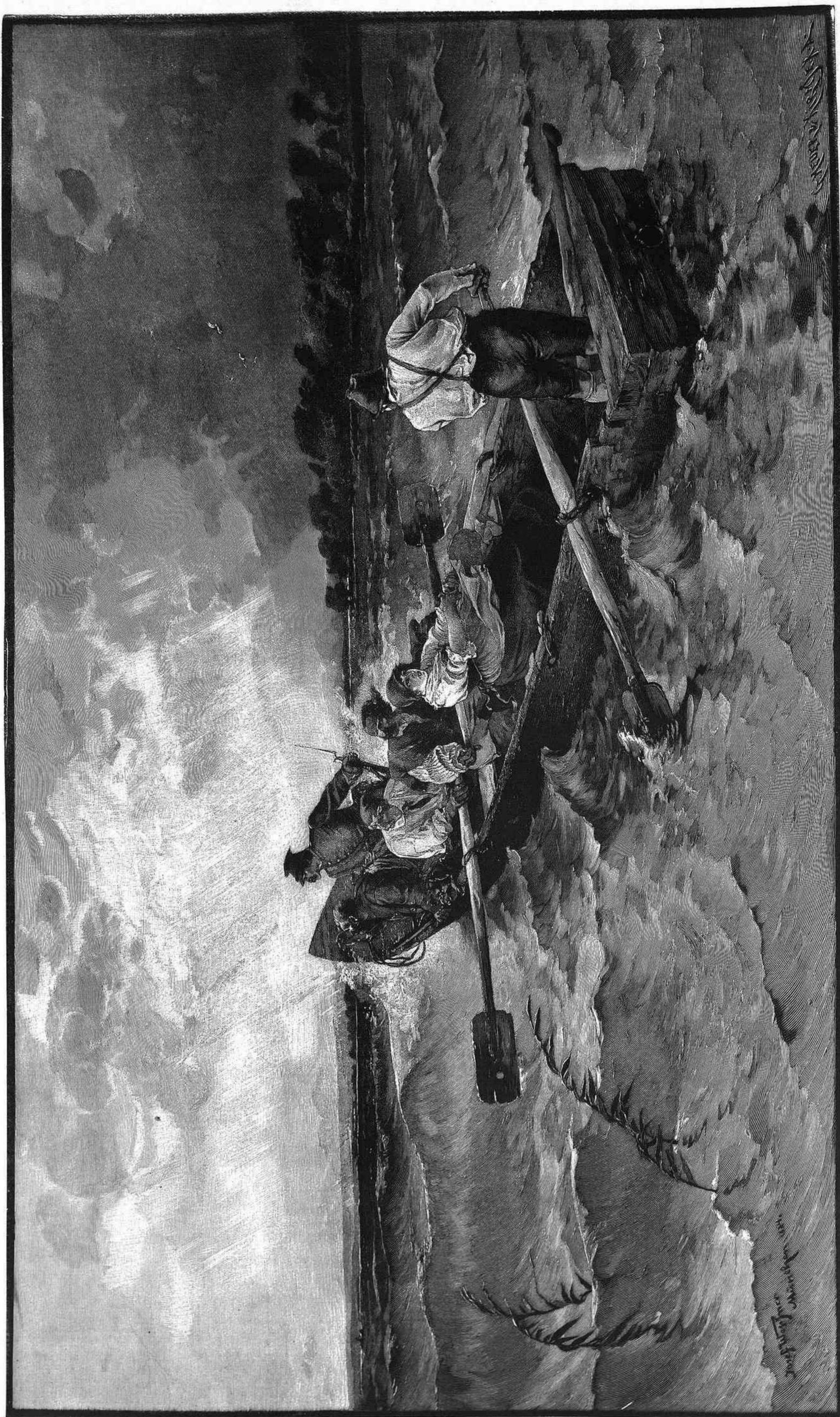
Lo primero que experimentó Antonia al verle entrar fué un sentimiento de alegría.

Después, por una reacción súbita, sintió un afecto contrario.

Esto la desconcertó y turbó de tal manera, que no pudo articular palabra alguna, ni moverse del sitio en que se encontraba.



LA MERIENDA, cuadro de J. Geoffroy



PERSIGUIENDO A UN CANALLA, cuadro de José Wopfner



BOSQUEJO, de Gustavo Doré

Angel llegó hasta ella, y, tendiéndole la mano, le dijo: —¿Cómo está V., Antonia?

Ella contestó con una fórmula vulgar al saludo.

Antonia, al pronunciar estas frases y estrechar la mano de Armengol, estaba convulsa, mostrando por la palidez de su rostro lo mucho que sufría en aquel momento.

El joven, comprendiéndolo todo, repuso:

—No; pues lo que es V. no está bien

—Angel, no me atormente V. más, —replicó Antonia.

—Es cierto, no estoy bien. No lo estaré nunca. Soy muy desgraciada.

Sus ojos se humedecieron al acabar de decir esto.

Armengol estrechó una mano que Antonia le tendió.

(Continuará)

EL RIGOR DE LAS DESDICHAS

Inocencio Negro estaba llamado á tener un porvenir más oscuro que su apellido, y como la suerte ó la desgracia empiezan á manifestarse desde bien temprano, las desdichas de nuestro protagonista comenzaron desde el momento de su nacimiento.

Hijo de un matrimonio que se había pasado quince años esperando un heredero, excusado es decir que sus progenitores le prodigaron toda suerte de cuidados cuando encerrado en la prisión del claustro materno no podía disfrutar de ellos. Mas ¡ay! su bondad innata no quiso sin duda prolongar la impaciencia que devoraba á los autores de sus días é Inocencio se decidió á traspasar los umbrales de la vida antes del plazo marcado por la ley. Aquel rasgo de magnanimidad, con que voluntariamente se condenaba á la condición de siete-mesino, tuvo fatales consecuencias. Su madre perdió la vida al darle á luz, y su padre, no pudiendo soportar el rudo golpe que le privaba de su compañera, se ahorcó de la reja á través de cuyos hierros Inocencio recibía los primeros rayos del luminar del día.

La temprana orfandad de nuestro personaje no impidió que con más ó menos trabajos, llegara á la edad en que la palmeta de un dómine nos hace envidiar la suerte de esos pájaros que aprenden todo cuanto tienen que saber sin que nadie coarte su libertad; y en ese período Inocencio demostró que su índole era tan bondadosa como negro su sino. Jamás se proponía un premio en la escuela á que él con una constancia digna de mejor suerte no aspirase; pero siempre había otro que, con menos trabajo y menos mérito, se llevaba la recompensa apetecida. En cambio, los palmetazos que merecían todos, venían á parar á él, y cuando llegaba un día de asueto no faltaba una importuna fiebre ó una impensada indigestión que le retuviera en el lecho privándole de los juegos extraordinarios con que se solazaban sus compañeros. Estos incidentes acabaron por granjearle una poca envidiable reputación, precedido de la cual se presentó á tomar el grado de bachiller.

En los ejercicios de aquel acto tuvo la debilidad de desarrollar los temas que habían tocado en suerte á uno de sus compañeros y éste mereció los más entusiastas plácemes del tribunal. A él, por el contrario, se le acusó de haber copiado los trabajos del otro y por unanimidad fué reprobado.

Tales contratiempos al principio de la vida, hubieran acabado por ennegrecer una conciencia cualquiera; pero Inocencio Negro estaba dotado de un alma á prueba de infortunios, y, persuadido de que la propia satisfacción es la gran recompensa de la virtud, se resolvió á vencer la mala fortuna á fuerza de heroísmo.

Con tal propósito entró en una casa de comercio, que

consumió un voraz incendio al día siguiente de su entrada en ella. En medio de la desolación general viendo pintada en el rostro de su principal la más cruel de las desesperaciones, no dudó un momento en arrojarle en medio de las llamas para salvar la caja. Chamuscado hasta las cejas, cubiertos sus brazos y sus piernas de horribles quemaduras, logró, con gran peligro de su vida, llegar hasta el arca de hierro en que estaban encerrados los valores, y en la imposibilidad de cargar con ella hizo saltar la tapa de un hachazo y retiró los fondos.

Mas ¡ay! el fuego los consumió en sus manos y al salir milagrosamente de aquel verdadero infierno de llamas y de escombros, un agente de policía se apoderaba de él. Un mes después se le condenaba á cinco años de presidio correccional por haber tratado de apoderarse, á favor de un incendio, de una fortuna que no corría riesgo alguno en una caja de hierro.

Un día estalló una sublevación entre los penados del correccional en que se encontraba; su natural bondad le hizo ponerse de parte de sus jefes, pero creyendo salvar á uno de los empleados del presidio, atrancó con resolución una puerta, dispuesto á que nadie la abriera si no pasaba antes sobre su cuerpo. Por desdicha la salvación del desgraciado empleado estaba en aquel paso, y mientras nuestro héroe creía impedir que los perseguidores le alcanzaran, lo que hizo fué embarazar su fuga y dar lugar á que le asesinaran. El premio de aquella acción fué su traslado á Ceuta con la pena de veinte años de grillete.

Después de consultar largamente con su conciencia, se decidió á aprovechar una coyuntura y se fugó del presidio. Vuelto á Madrid, cambió de nombre y con ello creyó haber despistado á la fatalidad. Con tal seguridad volvió á practicar el bien, diciendo para su coleteo:

—Ahora sí que mi tarea no será infructuosa.

Una tarde volvía de la romería de San Isidro, ve un caballo desbocado que arrastra en pos de sí un carruaje amenazando precipitarse en el río, y sin darse tiempo de pensar en los peligros á que se expone, se arroja á detener al indómito animal. Al sujetarle cae en tierra y se disloca un brazo, se fractura una pierna y se infiere una ancha herida en la cabeza; pero está satisfecho. Su cuerpo ha separado al animal del camino trazado y ha



BOSQUEJO, de Gustavo Doré

impedido una caída que todos tenían por inevitable. Sin embargo, el caballo no se detiene y se precipita en la pradera y allí aplasta á un viejo, dos mujeres y tres niños. Como detalle debemos hacer constar que dentro del carruaje no iba nadie.

Disgustado esta vez de los actos heroicos, Inocencio Negro se decide por hacer el bien humildemente, y desde luego se consagra al alivio de los desdichados. Entonces reparte su dinero entre las mujeres pobres, pero sus maridos lo derrochan en las tabernas; provee á los obreros de buenas mantas de Palencia, pero los infelices, habituados al frío, no pueden sufrir el cambio de temperatura y se ven diezmados por las pulmonías; por último, recoge á un perro vagabundo y á los pocos días atacado de hidrofobia muerde á seis personas del barrio.

Inocencio comprende que el dinero mal distribuido hace más daño que beneficio y se decide á concentrar en un solo ser toda su filantropía. Para llevar á cabo su propósito, adopta una huérfana que no tenía nada de hermosa, pero que estaba dotada de las más bellas cualidades. Tales ternuras paternas desplegó al educarla, de tantas atenciones supo rodearla, que una noche arrojándose á sus pies la doncella, le confesó que le amaba.

El se esforzó en hacerla comprender que siempre la había mirado como una hija y que conceptuaría un crimen ceder á la tentación, acabando por demostrarla paternalmente que había tomado por amor lo que no debía ser otra cosa que la crisis de una naturaleza apasionada.

Más que con aquel razonamiento creyó haberla calma-

do con la promesa de buscarla un esposo digno de sus virtudes y con esto quedó tranquila su conciencia; pero bien pronto debía convencerse de su error. Al día siguiente se encontró á la puerta de su habitación el cadáver de la desventurada joven, que se había atravesado el corazón con un puñal.

De repente Inocencio Negro renunció á su papel de providencia de los desgraciados y se hizo la promesa de no meterse á practicar el bien de otro modo que oponiéndose al mal.

Poco tiempo después la casualidad le puso sobre la pista de un crimen que un amigo suyo se disponía á perpetrar. Nada le hubiera sido más fácil que denunciar al criminal á la policía; pero temeroso de que la trama se deshiciera por falta de pruebas, prefirió coger todos los hilos y para ello fingió tomar una participación en el asunto. El resultado fué que el criminal acabó por advertir su juego y con pasmosa habilidad arregló las cosas de modo que el crimen se perpetró y él quedó á salvo, y, recayendo todas las sospechas en el que se había propuesto descubrir el crimen, el preso fué Inocencio Negro.

El informe fiscal contra nuestro personaje fué una verdadera obra maestra de lógica. En él se recordaba toda la vida del acusado, su infancia deplorable, sus castigos en el colegio, sus malas notas en los exámenes, la audacia de su primera tentativa de robo, su complicidad odiosa en el motín correccional, su evasión de Ceuta y su vuelta á Madrid con un nombre supuesto. A partir de este momento especialmente el ministerio fiscal rayó en el más alto grado de elocuencia forense. Apóstrofes conmovedores le sirvieron para estigmatizar á aquel monstruo de hipocresía, á aquel corruptor del proletariado que para satisfacer las más repugnantes pasiones enviaba á los maridos á beber á la taberna con su propio dinero, á aquel pseudo-bienhechor del cual no se había podido averiguar si de lo que trataba era de granjearse una popularidad encaminada á malos fines ó de acabar con los hombres honrados y trabajadores. Sólo haciendo escrupulosísimas salvedades se atrevió á profundizar la refinada perversidad de aquel malvado que recogía perros rabiosos para lanzarlos sobre los pacíficos vecinos, de aquel demonio que hacía el mal por el mal y que se dejaba estropear por un caballo desbocado ¿para qué? para darse el incomprendible placer de verle revolverse entre la multitud y aplastar débiles mujeres, decrepitos ancianos é inocentes niños. ¡Ah! ¡semejante miserable era capaz de todo! Sin género alguno de duda, su vida había sido una larga cadena de crímenes, de la que su habilidad había ocultado los más sólidos eslabones. En cuanto á aquella desvalida huérfana que había educado y encontrado un día muerta en su casa, ¿quién podía dudar que él la había asesinado? Aquel crimen era de seguro el epílogo sangriento de uno de esos dramas infames en que se mezcla todo cuanto de bajo y repulsivo existe en los más odiosos instintos.

Después de tan extenso tejido de maldades no era preciso insistir sobre el último crimen. En él, á pesar de las impudéncias negativas del acusado, la evidencia era absoluta, y al dejar caer sobre él todo el peso de la ley se castigaba no ya á un gran criminal, sino á un genio del crimen, uno de esos monstruos de malicia y de hipocresía, que llegan á hacer dudar de la virtud y mirar con repugnancia á la humanidad.

Ante semejante informe, el abogado defensor no pudo hacer otra cosa que recurrir al gastado tema de las enajenaciones mentales. Su discurso reveló grandes conocimientos científicos, habló de casos patológicos, disertó, apoyado en la autoridad de los más doctos escritores, de la *neurosis del mal*, presentó á su cliente como un mo-



BOSQUEJO, de Gustavo Doré

nómano irresponsable y concluyó diciendo que tales aberraciones del cerebro las corrige un alienista, pero no se entregan al verdugo.

Demasiado sabía que sus levantadas frases le conquistarían un honroso puesto entre los oradores forenses, pero que no llevarían el convencimiento al ánimo del tribunal. Con efecto, en todas las instancias Inocencio Negro fué condenado á muerte, y los hombres virtuosos, feroces siempre cuando se trata de castigar el crimen, saludaron con entusiasmo aquel fallo.

* *

La muerte de nuestro héroe fué como su infancia: ejemplar, pero desgraciada. Subió al patíbulo sin temor y sin afectación; la tranquilidad de su conciencia imprimió á su rostro la impassibilidad del mártir; y todos tomaron aquella serenidad como un último acto de cinismo.

En aquella época todavía no se había usado en España el garrote: la muerte que se daba á los reos era la de horca. En el momento supremo, sabiendo que el verdugo era pobre y padre de familia, le anunció con dulzura que le había legado toda su fortuna. El ejecutor de la justicia, conmovido ante este rasgo, debió tener el pensamiento de salvarle y al desprender el cuerpo del desdichado la cuerda se rompió.

Sabido es que en aquellos tiempos, cuando ocurría un incidente de esta naturaleza, la sentencia se daba por cumplida y el reo era perdonado. Al ver caer el cuerpo, un grito de *perdón* sonó por todos los ámbitos de la plaza de la Cebada; mas ¡ay! cuando se levantó de las piedras á nuestro desdichado protagonista, más que un hombre parecía una masa informe de huesos rotos y músculos macerados. Aquel incidente sólo sirvió para que su agonía se prolongara durante algunas horas.

* *

La historia del desventurado Inocencio, que he sabido muchos años después de su trágico fin, me hizo un día concebir el propósito de exhumar sus restos y ponerles un epitafio digno de sus virtudes; pero ¿quién es capaz de encontrar sus cenizas en la fosa común en que yacen todos los ahorcados?

Sin embargo, fuerza me es confesar que otras han sido las causas que me han impedido realizar esta obra de vindicación de un hombre honrado. En la fosa común en que yace nuestro héroe hace tiempo que no se entierra ya y su vasta extensión se ha cubierto de floridos jaramagos y de crecidos zarzales. Sólo un espacio como de cuatro pies ha quedado escueto y desnudo de toda vegetación. Para mí no hay duda alguna. Ese trozo es la sepultura de Inocencio Negro.

ANGEL R. CHAVES

PAISAJE

II

Un escritor, un jurista por cierto, Carlos Salomón Zacharía, ha dicho: «el desierto, la palma, el camello, la tienda, el beduino forman un todo indivisible.» Esta relación entre la constitución geológica, el relieve del suelo, el clima, el medio natural, en suma, y el hombre, relación que se imprime en la constitución de nuestro cuerpo como en la de nuestra misma fantasía, de donde trasciende á nuestros gustos, hábitos, artes, á la obra y modo entero de la vida, se advierte por extremo en la región que se despliega sobre la falda Sur de este tramo central



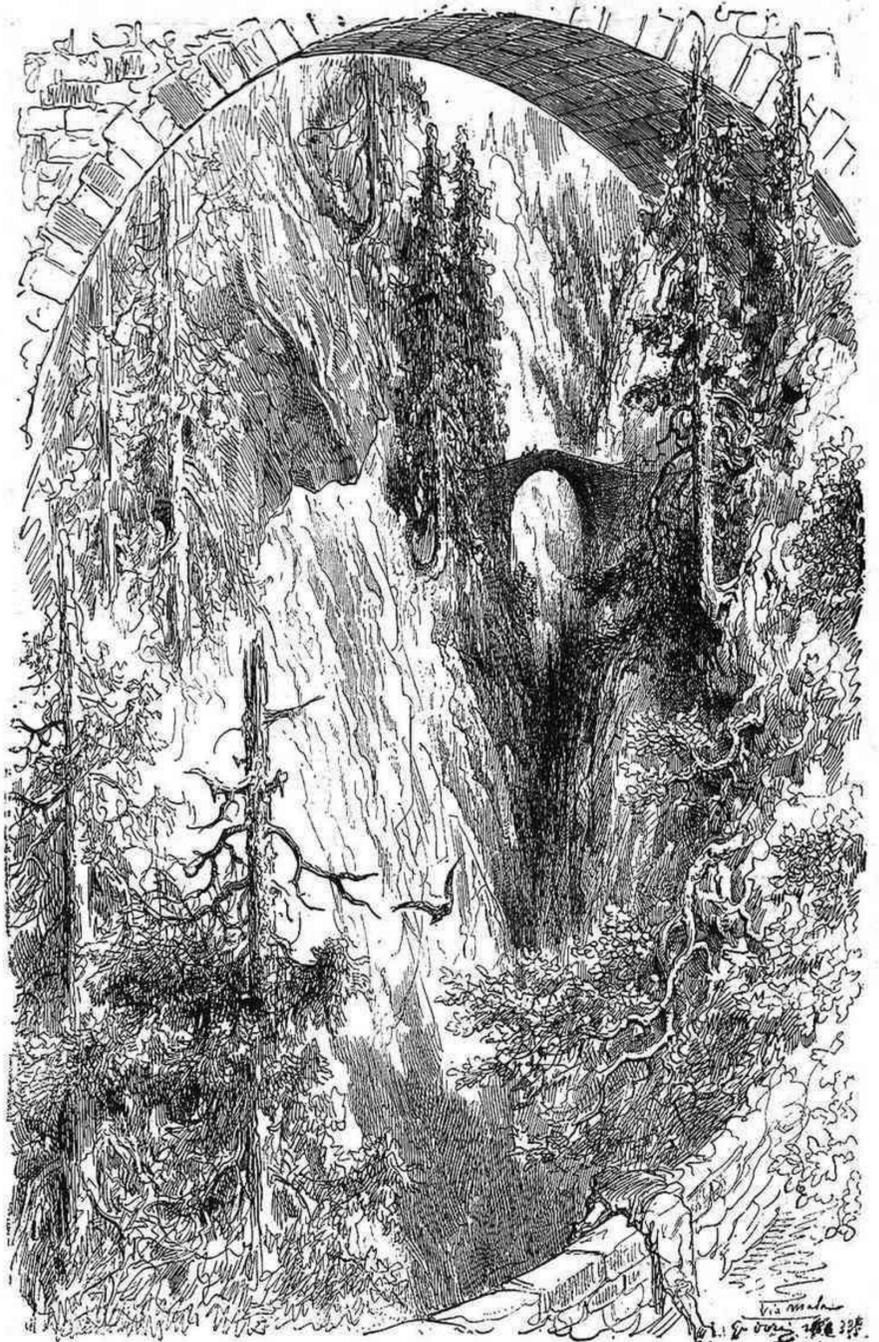
LA ABUELA, dibujo de Gustavo Doré

de los montes Carpetanos. La raza, las ciudades, las habitaciones, el modo de vivir, el carácter, se corresponden en unidad perfecta. Repárese, por ejemplo, en el traje con su reducida gamma de colores. El negro, el blanco, el pardo, preponderan despóticamente; y sobre este fondo, luego, se destacan sobrias notas de azul oscuro y rojo. Más al Sur todavía, esta gamma se va reduciendo, hasta apagarse en el negro vestido de los toledanos; pero desde allí comienza á brillarse más y más, culminando en el iris espléndido de las andaluzas. Al N. de la sierra, en Avila, en Segovia, en Salamanca, se reproduce igual fenómeno; nuevas notas se añaden, sobre todo visibles en el pintoresco atavío de las charras, y sigue así creciendo y enriqueciéndose más por León, Asturias y Galicia, aunque sin llegar á las pompas del Mediterráneo. ¿Hay mayor prueba del organismo universal de la vida?

Rompamos un momento los vínculos de la servidumbre cortesana y vámonos al campo, que está mucho más cerca de Madrid de lo que tantos se figuran. Subamos, por ejemplo, desde la estación de Villalba, por la carretera, dejando á la derecha la entrada al valle del Berrocal, que riega el Manzanares, con sus pueblos, resguardados entre la Maliciosa y el Serrajón; y á la izquierda, en medio de las dehesas, á Alpedrete y Collado Mediano. Parémonos en la venta de las Salineras, volviendo cara al Sur, hasta dominar otro valle más alto, el de Navacerrada, ya á nuestra izquierda entonces; y al frente toda la anchurosa región central del Tajo, que limitan al O., primero, los montes del Escorial, en la falda de los cuales se destacan los tonos fríos del Monasterio; después la Paramera de Avila; más allá, la sierra de Gredos: en lontananza, la Oretana; y de otro lado, por Levante, hacia el Sur, Somosierra, entre cuyas últimas estribaciones se continúa la ancha meseta que atraviesa el Tajo para llevar sus aguas por Extremadura á Lisboa. Subamos todavía; ya comienza el pinar, que va poco á poco espesándose por toda la rápida pendiente, á uno y otro lado del camino. A nuestros pies, en el fondo del valle, al Oeste, tenemos á Cercedilla; más al Sur, Los Molinos; luego Guadarrama: los tres pueblos, con su color severo, que apenas se destaca del paisaje, en uno de sus más hermosos repliegues.

Dejamos muy atrás la zona de la vid; estamos en plena región alpestre. Sigamos, y llegaremos á la cumbre, al puerto de Navacerrada, límite de las dos Castillas, cuyo desnivel se advierte al punto, y divisoria entre el Tajo y el Duero; y si tomamos por la ladera hacia el Este, con sólo subir unos cien metros, al primer cerro de las Guarramillas, contemplaremos el más grandioso panorama. Tenemos debajo las apretadas masas de los pinares de Valsain, al fin de cuyos tonos, oscuros y enérgicos, clarean con espléndida luz los llanos de Segovia, que muestra allá en la bruma las torres de sus monumentos; coronándolo todo el imponente macizo de Peñalara, al E. del cual se extiende el suave cordón, que forma el puerto del Paular y defiende el valle del Lozoya; mientras que al Sur, la meseta de Castilla la Nueva, en que Madrid dibuja apenas su silueta cárdena, prolonga las curvas de su modelado hasta perderse en el celaje; y al O., la cadena de la Cordillera viene corriendo por cima del Escorial á cerrar del otro lado el puerto con las quebradas alturas de Siete Picos. Desde este núcleo, multitud de ríos se van formando y despeñando en distintas direcciones: por la vertiente meridional, el Guadarrama, el Manzanares, el Guadalix, el Lozoya, el Jarama, que más ó menos pronto llevan sus aguas hasta el Tajo; por la vertiente Norte, el Eresma, el Valsain, el Clamores, el arroyo de Moros, que van á acabar en el Duero.

Jamás podré olvidar una puesta de sol, que, allá en el último otoño, ví con mis compañeros y alumnos de la *Institución Libre* desde estos cerros de las Guarramillas. Castilla la Nueva nos aparecía de color de rosa; el sol, de púrpura, detrás de Siete Picos, cuya masa, fundida por igual con la de los cerros de Riofrío en el más puro tono violeta, bajo una delicada veladura blanquecina, dejaba en sombra el valle de Segovia, enteramente plano, oscuro,



VÍA MALA, dibujo de Gustavo Doré, (tomado del natural en su último viaje á Italia)

amorado, como si todavía lo bañase el lago que lo cubriera en época lejana. No recuerdo haber sentido nunca una impresión de recogimiento más profunda, más grande, más solemne, más verdaderamente religiosa. Y entonces, sobrecogidos de emoción, pensábamos todos en la masa enorme de nuestra gente urbana, condenada por la miseria, la cortadía y el exclusivismo de nuestra detestable educación nacional, á carecer de esta clase de goces, de que, en su desgracia, hasta quizá murmura, como murmura el salvaje de nuestros refinamientos sociales; perdiendo de esta suerte el vivo estímulo con que favorecen la expansión de la fantasía, el ennoblecimiento de las emociones, la dilatación del horizonte intelectual, la dignidad de nuestros gustos y el amor á las cosas morales que brota siempre al contacto purificador de la Naturaleza.

El cuerpo, por su parte, enteco, muelle, decaído, sin aquel vigor varonil que el griego estimaba señal del ciudadano, tiembla de la humedad, del calor, del viento, de la lluvia, del frío, víctima de un sistema nervioso en perpetua corea; huye del aire libre como de su mayor enemigo y pone por ideal del hombre sano una especie de crisálida, revuelta en innumerables estratos de vidrio, lana y algodón y medio podrida entre la mugre de sus exudaciones pestilentes.

Y sin embargo, para sentir en nuestra alma impresión como aquella, y en nuestro cuerpo el roce vivificante de la Naturaleza maternal, no hay que emprender la peregrinación á los Alpes, ni á Sierra Nevada, ni á los Picos de Europa, ni siquiera á la magnífica y vecina Peñalara, con sus ventisqueros, sus lagunas, sus circos, sus acantilados, sus panoramas espléndidos, que abrazan desde el Pisuega al Manzanares; ni aun adelantarse hasta las Cabezas de Hierro, y los espléndidos valles que dominan; sino soportar hora y media de ferrocarril, dos de diligencia y hacer á pie un trayecto como el que cualquier madrileño tiene que recorrer desde su casa á cualquier parte por céntrico que viva...!

Pero es ley que todo pueblo, dormido en secular prostración, cuando despierta de nuevo á la cultura, no pueda comenzar por volver los ojos hacia el horizonte más cercano, sino á los más distantes. La misma ley que lleva á sus pensadores, como á sus políticos, á estudiar antes la ciencia, la historia, las instituciones de otros pueblos que las del suyo propio, arrastra á sus viajeros á contemplar y gozar el paisaje remoto, mientras llega aquel día en que el desarrollo de la cultura en su nación, y el de la suya propia, le permitan tender la mano para coger el fruto, menospreciado tanto tiempo, con tenerlo tan cerca. Tal acontece en España, y por tanto en Madrid, donde la in-



Viaje á Filipinas. - Cuadrillero

mensa mayoría de la gente se abrasa y consume en la fiebre de los negocios, en la de la política, y hasta en la del pensamiento y el estudio (tan grave y dolorosa como las demás) ó se aburre en la estéril pereza. Apenas la caza redime á unos cuantos de esta anémica vida ultra-urbana; pero es por muchos modos impotente, y en particular por lo que desconcierta con el tono general de esa vida, para compensar su desequilibrio y labrar en las honduras del espíritu camino de regeneración y de progreso. La organización de sociedades alpinas, ó de excursiones, al modo de las de Cataluña, contribuiría sin duda y de mejor manera á aquel fin; especialmente, si pudiesen evitar las formas frívolas, vulgares é insignificantes que el *sport* suele revestir entre nosotros.

F. GINER DE LOS RÍOS

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

No hay muebles, ni ropa blanca, ni batería de cocina; los trajes y las alhajas, á veces muy ricos, se pueden colocar fácilmente en dos ó tres arcas y algunos *tampipi* (1). La caseta, más ó menos grande, elevase sobre unos pilares de la altura del hombre; las paredes se componen de bambú, así como el suelo; el tejado se forma con *nipa*; en la habitación no suele haber más que una sala; y las ventanas se cierran imperfectamente con ruedas de *nipa*. En toda la construcción no se emplea ni una pulgada de hierro, pues las diversas piezas se ajustan y unen por medio de ligaduras de bejuco. Estas casetas responden en suma bastante bien á su destino; su elevación sobre el suelo las preserva de la humedad; y es preciso que los terremotos sean muy violentos para deteriorar sensiblemente este conjunto elástico que se dobla y endereza como un junco.

La lluvia no cesa, y es preciso continuar la marcha. En medio de un nuevo diluvio franqueamos las escarpadas pendientes que nos separan del pequeño caserío de San Pedro, cerca del cual nos embarcamos, dirigiéndonos hacia Sula entre un dédalo de altos islotes, cuyo terreno queda oculto por la vegetación. La lluvia cesa por fin, y contemplamos con placer este maravilloso paisaje, animado por la gritería de los monos. Sula es un caserío muy pequeño, que sólo cuenta algunas viviendas, perdidas en medio de gigantescos árboles; pero el anclaje tiene mucha importancia; es profundo y seguro, y admirable para albergar á los buques sorprendidos por los temporales del Este en el golfo de Albay. En Sula encontramos indicaciones que precisan nuestro itinerario, y muy pronto abordamos la isla de Cagraray por una playa de fina arena, cerca de la punta de Sula. A pocos pasos de la orilla elevase un ribazo calizo de unos treinta metros de altura, fácil de escalar, gracias á las grietas que le surcan en toda su extensión, y también á las *baletes* (2), cuyas ramas y troncos nudosos se prolongan hasta la cima como una red gigantesca. Con ayuda de los muchachos, que se deslizan por las ramas con la agilidad de un mono, pues llevan los pies descalzos, encontramos muy pronto la caverna buscada, que más bien es una gruta de refugio, dividida en dos; su posición es muy pintoresca, pero carece de la majestad fúnebre de la gruta del Levante. Recogemos los cráneos, y damos á este nuevo osario el nombre de *Karabas* (3), á causa del arrecife que hay enfrente, cuya forma se asemeja á la del búfalo.

12 setiembre, domingo. - Nos han despertado al amanecer el tañido de las campanas y las detonaciones de

(1) Cestos cuadrados, con una tapa de forma especial, muy comunes: son las *balijas* del país.

(2) *Ficus indica*. Las ramas se extienden en todas direcciones, y emiten retoños que al ponerse en contacto con el suelo echan raíces y desarrollanse formando al rededor del tronco primitivo una especie de red de nuevos troncos que le ahogan.

(3) Búfalo, en dialecto tagalo y bicol.

iluminadas; en las principales calles, los arcos triunfales, los palacios y obeliscos de bambú, llenos de farolillos, inundan de luz toda la ciudad; y en las avenidas, un inmenso número de estos faroles de color, extiéndense en una doble fila hasta perderse de vista debajo de los bananos. A la luz de esta iluminación fantástica, á pie, á caballo, ó montados en búfalos, corren presurosos hacia el teatro los que creen llegar tarde, pues nadie quiere perder una sola palabra del drama que se debe representar esta noche, y que parece ser de los más patéticos.

La multitud está en pie al aire libre, en una inmensa explanada que hay frente al teatro, el cual, construído en ocho días, sólo puede contener á los notables del pueblo, que se colocan á ambos lados en dos palcos; las autoridades toman asiento en el escenario, como lo hacían los grandes señores de la época de Luis XIII en el palacio de Borgoña. La orquesta, es decir, la murga de Albay, se acomoda también allí, y aunque funciona desde la mañana, sigue tocando con una furia siempre igual. La acción que se desarrolla á nuestra vista es sumamente complicada, pero la maquinaria del teatro, tan sencilla como la que bastaba á Shakespeare. Dicese que ante la corte de Isabel un cartelón clavado en los bastidores reemplazaba las decoraciones; pero aquí falta hasta el cartel. Los actores, que al salir á la escena exclaman: ¡Qué horrible soledad! ó bien: *Saludo temblando á Vuestra Majestad*, son los que nos indican que estamos en un desierto ó en un palacio; en el fondo del teatro, sobre la cortina que separa el escenario, hay un estrado que sirve á la vez de tribuna, de trono y de cámara nupcial; una escalera, ó más bien, una escala, que llega al tejado, representa las montañas y los abismos, donde reinan los monstruos horribles que durante el día han abandonado sus guaridas para asistir á la procesión del pueblo.

Antes de nuestra llegada, la *princesa de Constantinopla*, después de mil peripecias, ha sido arrebatada de la corte de su padre por un pastor, poderoso mágico que la ha transportado á las cimas más inaccesibles, donde la hace guardar por un león y una serpiente de cartón, que en medio de los fieles tenían el aspecto más grotesco. En el instante de sentarnos en el escenario, el padre de la princesa, rodeado de toda la corte, deplora su desgracia; pero se interrumpe para saludar al gobernador, mientras que la música toca la marcha real española. Después de este incidente, acogido por las aclamaciones de la multitud, la

los petardos; estamos en el solemne día de Nuestra Señora de la Natividad, patrona de Albay. ¡Qué fiesta! El gobernadorcillo, rico bicol, nombrado últimamente, quiere señalar su entrada en la Administración con regocijos memorables. Hace más de un mes, los jóvenes de la ciudad, convertidos en actores, ensayan un gran drama escrito por un poeta adocenado; los muchachos construyen centenares de farolillos de papel de color, sostenidos por una ligera armadura de bejuco; y el *Cebú* acaba de llegar de Manila cargado de provisiones de toda especie.

Por la noche, después de unos magníficos fuegos artificiales, el pueblo cambia de aspecto. ¡Ah! el gobernadorcillo ha hecho bien las cosas; todas las casas están

pieza continúa. El desgraciado monarca manda á los cortesanos que corran en busca de su hija, y en el momento en que van á marchar, preséntase una embajada de moros, que también quiere ir á buscar á la princesa; entonces comienzan los insultos, las provocaciones y los desafíos; embajadores y cortesanos bailan y se batan á sablazos; las damas de la corte empuñan también sables, y el baile se generaliza. Sigo las peripecias del drama con bastante dificultad, pero héténos aquí en la principal escena, que el dramaturgo bicol ha sabido buscar para un auditorio que considera como sinónimas las palabras no católico y enemigo. La princesa de Constantinopla se ha resistido al pastor mágico á pesar de todas sus amenazas, y cuando el raptor está más ocupado, la virtud, talismán más poderoso que el suyo, hace también milagros. La princesa baja á la escena, que en aquel momento representa un espantoso desierto; el león y la serpiente la siguen de mala gana; pero la hermosa doncella, esbelta y ligera, ejecuta ante sus feroces guardianes una vistosa danza, aplicándoles fuertes golpes en el hocico con una maza; los monstruos, fascinados; acércanse á lamer los pies á la princesa, y se declaran sus esclavos. Entonces, preséntase el valeroso príncipe de Toscana, único que ha podido encontrar las huellas de la princesa, de la que está perdidamente enamorado; y el público, sumamente conmovido, retiene su respiración para no perder una palabra del diálogo. Pero este príncipe tiene un defecto capital: es moro, es decir, infiel; mientras que la princesa, ferviente católica, no quiere que el paladín conozca los sentimientos que le inspiran su gallardo aspecto y su valor; el príncipe insiste; dobla la rodilla para terminar su declaración, y al fin la princesa comienza á vacilar.

«Tal vez escucharía tus seductoras palabras, le dice, pero mientras no renuncies á tu religión maldita, no esperes mi consentimiento.»

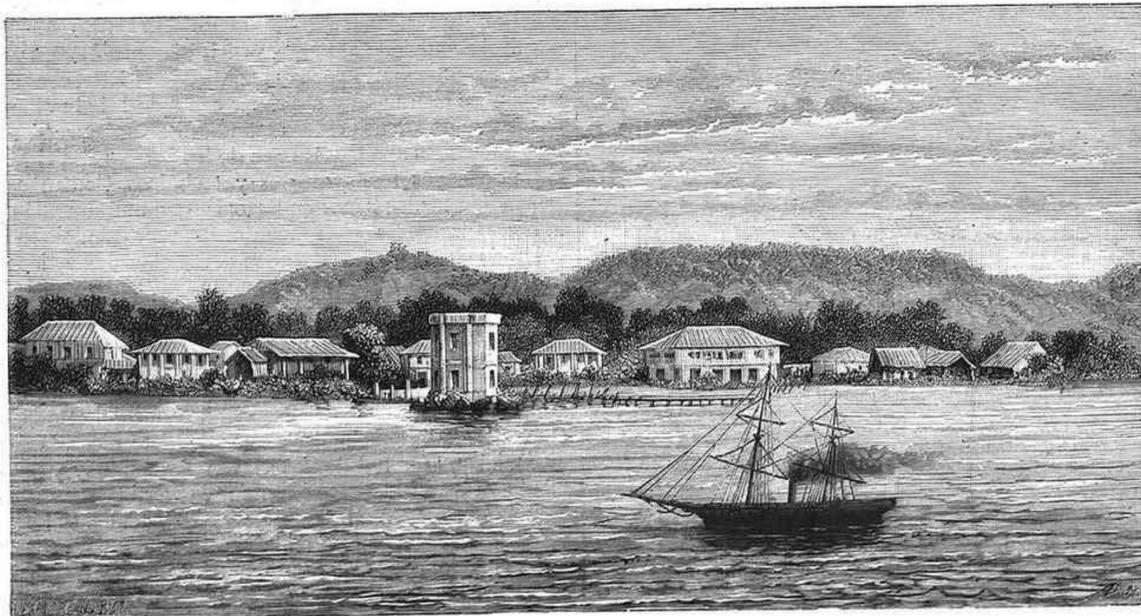
El público no puede contener ya su entusiasmo, el cual manifiesta silbando cadenciosamente para acompañar las palabras de los actores.

La pieza termina por la conversión del príncipe de Toscana y por su casamiento con la princesa.

Ya es la media noche, y este primer día de fiesta debe dar fin como de costumbre, es decir, con el *catapusan*, que significa á la vez *terminación* y *baile* en dialecto bicol. Esta noche es preciso poner la palabra en plural, porque hay lo menos media docena de bailes, uno en casa del gobernadorcillo, y los demás en las de los notables del pueblo. Las danzas y el diabólico *monte* se prolongarán toda la noche; este juego, fértil en desastres, será lo único censurable de tan alegre fiesta, en la cual vemos á todo un pueblo embriagado con el movimiento, el ruido y la luz, sin que la autoridad haya tenido que reprimir el menor desorden. Todos los cuadrilleros de los alrededores vigilaban, aunque participando también del frenesí general; pero sólo las brigadas de la guardia civil indígena eran una garantía de seguridad muy suficiente. Estos indios, antiguos soldados, cuyos oficiales son españoles los más, parecen haber adquirido, con su nuevo uniforme, cualidades de moralidad excepcionales en sus compatriotas.

20 setiembre. - Hemos concluído de arreglar nuestras colecciones, y sólo esperamos la fiesta de Albay para continuar el viaje. Es preciso abandonar esta hermosa provincia, donde la autoridad española y la amabilidad de los habitantes han facilitado nuestras investigaciones al visitar las islas del Sud y los pueblos mahometanos ó idólatras. No sin pesar nos separamos de nuestros amigos, y el sentimiento es mayor porque se toman la molestia de venir á estrecharnos la mano por última vez á bordo del *Cebú* en la rada de Legaspi.

El 26 de octubre entramos en Manila, y el 5 de noviembre nos embarcamos á bordo del *Pasig*, que debe conducirnos al Sud. El mal tiempo entorpece nuestra travesía, durante la cual nos dispensa las mayores aten-



Viaje á Filipinas.—Rada de Joló

ciones el amable capitán D. José Zavala. El 7 llegamos á Cuyos, cabeza de distrito de las islas Calamianes, y el 8 á Puerto Princesa, nuevo establecimiento fundado por los españoles en la isla casi desierta de Palawan ó Paragua. El 10 estamos en Balabac, puesto militar que domina la entrada sudoeste del mar de Mindoro; y el 13 en

Zamboanga, al sudoeste de Mindanao, base de operaciones de las fuerzas españolas contra los Malayos del Sud. El 14 tocamos en la Isabela, arsenal y estación naval sobre la admirable rada de la isla Basilán, y proseguimos nuestro viaje el 15, dirigiéndonos á Joló.

(Continuará)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON